

Dragones y Quimeras

Guillermo Nagano Rojas
Síntesis Creativa

Para el habitante de la ciudad de México, el recorrido entre los puntos en que desarrolla sus actividades cotidianas: casa, escuela, centro comercial y, con suerte, un cine o algún centro recreativo son la cara conocida de la urbe. Para colmo los traslados cotidianos a lugares lejanos a su domicilio se hacen en transporte, público o privado, que permite ver, mas no contemplar, la imagen de la ciudad.

Es así que día tras día se cincela en la mente de los capitalinos la imagen de una ciudad que transita entre calles congestionadas por el transporte público, invadidas de comercio ambulante y también de vías supuestamente rápidas, encajonadas entre muros de concreto.

Por ello resulta una agradable sorpresa encontrar, generalmente por accidente, espacios, calles y avenidas cuya forma es un regalo para la vista y un descanso para el espíritu; tal es el caso de la Av. Canal Nacional, en el tramo que se encuentra al sur de la ciudad, sirviendo de límite entre las delegaciones Coyoacán y Xochimilco y muy cerca del Anillo Periférico.

Paralelo al Canal Nacional y bordeando el camino se forma un estrecho corredor verde cuya sombra e imagen son un remanso para aquellos (cada vez más irremisiblemente) que por una u otra causa circulan entre sus verdes paramentos.

Dejado de la mano de Dios y también de otras manos, el sitio permanecía simplemente como un relicto de la antigua Acequia Real de Mexicaltzingo. El abandono del sitio, como un doble filo, propiciaba un espacio por un lado solitario y tranquilo, en el que la naturaleza aun encuentra refugio y por otro un lugar peligroso y descuidado en el que camiones materialistas y gente sin conciencia aun arrojan toda clase de desperdicios.

Hacia fines de 2002 o principios de 2003 se construyó un "muro ecológico" con la aparente intención de evitar que se continuara con la detestable costumbre de usar los sitios solitarios como tiraderos.

El muro rápidamente se cubrió de enredadera. Al llegar la primavera y posteriormente las primeras lluvias, su crecimiento acabó por atrapar bajo su manto todo lo que se atravesaba a su paso: pavimentos, arbustos, postes y aun los gigantescos eucaliptos que crecen en las márgenes del canal.

Canal Nacional, Fotografías: Guillermo Nagano Rojas





Canal Nacional,

Fotografías: Guillermo Nagano Rojas

EFEMÉRIDES

Elizabeth Cuevas Carrillo

Diseño de la Comunicación Gráfica

Pierre Cardin (1922)

Nació en Francia, se formó en las casas parisienses de moda (Paquin, Schiaparelli y Dior). En 1949, diseñó los vestidos de la celebrada película surrealista de Jean Cocteau, *La Belle et la Bête*. Abrió su propia casa de costura en 1950 y pasó su primera colección en 1953. Desafiando el tradicional corte para hombres, Cardin vestía a sus clientes, con prendas de audaces colores y formas. En 1964 lanzó su moda futurista diseñada para la era espacial. Actualmente el nombre de Pierre Cardin es mundialmente conocido por los productos que llevan su marca, creados a través de 600 licencias.

Eero Saarinen

Creció en Estados Unidos y estudió en París y Yale. Sus diseños arquitectónicos muestran una gran variedad, con influencias que van desde el estilo cubista de Mies van der Rohe a las formas logradas con cemento por Le Corbusier. En cierta ocasión declaraba: "Soy hijo de mi tiempo. Soy un entusiasta de los tres principios comunes de la arquitectura moderna: función, estructura y formar parte de nuestro tiempo".

Tan eficaz y tan uniforme fue el crecimiento de la enredadera que de pronto el paisaje completo parecía una inmensa obra de arte topiario creando fantásticas figuras que remedaban animales colosales, castillos y todo aquello que la imaginación de cada quién pudiera elaborar.

Las formas resultantes pudieran competir en originalidad con la obra del escultor y artista experimental Christo, conocido por empaquetar con tela objetos de tamaño monumental tales como edificios, monumentos y montañas.

Al llegar el otoño, con mayor rapidez que aquella con la que creció, la enredadera se secó para convertirse en un ligerísimo manto de encaje que ondea al paso del viento pero que mantiene una asombrosa cohesión a pesar del tiempo transcurrido.

Los devastadores incendios que periódicamente se presentan en los pastizales de la Ciénega Grande, espacio contiguo al camino al que nos referimos, respetaron milagrosamente esta cortina, que cambió entonces a un color menos vivo y brillante aunque no desagradable.

En espera de que la temporada de lluvias le devuelva el esplendor que tuvo el año pasado, la vegetación del Canal Nacional permanece agazapada protegiendo a uno de los pocos canales a cielo abierto que aun existen en nuestra capital, sobreviviente de lo que fuera la Acequia Real de Mexicalzingo, camino de agua por donde llegaron a navegar barcos de vapor hasta principios del siglo XIX.

El Canal Nacional, por su proximidad con la laguna de regulación Ciénega Grande aun atrae, y a veces retiene, una gran cantidad de especies animales y vegetales. Fácilmente se pueden observar aves como: garzas, patos, loros y otras bellísimas especies que mis escasos conocimientos ornitológicos no me permiten identificar; peces que desafortunadamente están muriendo y una gran cantidad de pastos, arbustos y árboles entre los que se encuentran sauces llorones, ahuejotes, fresnos, cedros, pirús y tepozanes, así como plantas acuáticas como lirio y tule que crecen profusamente.

Todo ello hace que lugares como éste, se constituyan en refugios no solo para la vida silvestre sino también para el habitante de la urbe, que puede encontrar, así sea por momentos y por accidente, la oportunidad de recuperarse de la agitación de la vida contemporánea.

Vale la pena pues aventurarse a salir de vez en cuando del camino cotidiano para encontrar y disfrutar los senderos que esta ciudad atesora, aunque esto también signifique arriesgar la conservación de invaluable paisajes, como el que resguardan los efímeros y poco temibles dragones y quimeras vegetales del Canal Nacional.